

ra recibir las instrucciones que tuviese del gobierno. *Han hecho vds. bien*, contestó revestido de gravedad, *pues de lo contrario se hubieran visto sonrojados*; y despues de una pausa que aumentó la sorpresa de los religiosos, prosiguió con aire no menos magestuoso que insolente: *es necesario quitar á los frailes la esperanza de serlo*, que repitió variando las frases, y añadiendo con resolucion de soberano, ó mas bien de general frances, *que se veria precisado á quitar á los frailes administradores y conservadores de sus casas, y substituir seglares, para arrancar así la esperanza á los frailes de volver á serlo*. Los frailes con una calma que solo conoce la virtud y la religion, dixeron solamente por boca del que llevaba la voz: *esperaremos en Dios*, y se despidieron. Otro, que no fuera un humilde capuchino, le hubiera dicho que ni él, ni todos los Arces, presentes, futuros, ni posibles eran capaces de quitar á ninguno la esperanza, puesto que no cae baxo la esfera de los Arces, Canos ni Guerras. ¿Pero en donde estamos? ¿En la época de la libertad y del imperio solo de las leyes, ó en el de la arbitrariedad y despotismo? ¿Como un agente subalterno toma el tono fiero y agresivo de bajá con unos españoles que se le presentan con humildad, con los ministros de una religion que profesa, proclama y protege el gobierno? ¿Abolió este la profesion religiosa como con feroz soberanía decreta un pequeño Arce? ¿Quien le ha dado este poder supremo que exerce sobre las mismas esperanzas? ¿Pobres indios, que se pretende quitaros tambien la esperanza que de las misiones os dá el artículo 335 de la constitucion, extinguendo casi los únicos que os evangelizan! ¿Esperareis á que las personas *de buena fé* os envíen y destinen á estas penosísimas y peligrosas expediciones á sus amigas las de *notoria probidad*!

*Estafeta de Santiago.*